

El perfil del ex alumno de la Universidad Iberoame

Rugarcía Torres, Armando

2015-03-09

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/403>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

EL PERFIL DEL EX ALUMNO DE LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

Armando Rugarcía Torres*

Ser ex alumno o ex algo suena como a rechazo, a ex pulsión.

En cierto sentido esto es verdad, pues la formación profesional conduce a que los alumnos universitarios terminen, se vayan, lleguen a ser ex alumnos. De lo que trata la educación formal es de contribuir a preparar al estudiante para la vida posterior a sus estudios; por tanto, tarde o temprano lo tendrá que despedir, que “expulsar”.

La cuestión que emerge de inmediato a la superficie es: ¿qué es lo que prepara para la vida post universitaria? Y esta pregunta suscita otra más para la escuela y la universidad: ¿cómo se logran esos rasgos del estudiante que lo preparan para la vida?

La respuesta a estas preguntas depende del científico educativo a quien se interpele y, al final de cuentas, de cada universidad, que con frecuencia adopta, adapta o inventa alguna filosofía educativa que establece el tipo de hombre-egresado que se quiere formar y sigue ciertas pautas metodológicas para formarlo, iluminadas algunas veces por la reflexión de su experiencia.

Es evidente que al hablar de ex alumnos de la Universidad Iberoamericana (UIA) es necesario, para ser congruente, tener presente su Filosofía Educativa, trabajada comunitariamente durante 1983-1985 y publicada en 1986, así como la experiencia educativa de la Compañía de Jesús en general y de la UIA en particular, que han conducido a publicar y promover una serie de textos que podrían converger en algo que podría calificarse como “pedagogía ignaciana operativa”, es decir,

* Rector de la UIA-GC

el asunto de los métodos para promover el perfil del egresado establecido en la Filosofía Educativa de la Universidad Iberoamericana.

Filosofía educativa: perfil del ex alumno

La *Filosofía educativa* de la UIA fundamenta una serie de dinamis-mos por los cuales el hombre se va haciendo hombre y que se consti-tuyen en el perfil del estudiante-egresado-ex alumno.

Se trata de estimular que nuestros alumnos comprendan ciertos conceptos relacionados con su profesión y con la sociedad, desarro-llen su pensamiento crítico y creativo, se capaciten para elegir res-ponsablemente y se vayan integrando afectivamente, con lo que, presumiblemente, estarán capacitados para aprender, pensar y decidir por el resto de sus vidas.

Aprender significa captar algo de la realidad externa o interna al sujeto, que tenga que ver con su profesión o la cultura: datos, concep-tos, leyes, principios, “tips”, información y técnicas. Pero con esto no basta para estar bien formado; aprender algo o llegar a establecer un juicio de verdad —¡esto es así!— implica ir más allá de los conoci-mientos, implica “manejarlos”, es decir, pensar.

Dos formas de pensar caracterizan a un ex alumno bien preparado: crítica y creativa.

La persona *crítica* es capaz de captar o establecer las razones por las cuales algo es así: la coherencia de un texto o discurso, la estructu-ra de un debate, el seguimiento de un diálogo, el hilo de una argumen-tación... Es, en síntesis, un escéptico de las afirmaciones, un Quijote de la verdad, un fanático cuestionador incisivo, un feroz aprendiz.

La *creatividad* es el potencial humano para generar algo novedoso para quien lo genera; es la posibilidad humana de transformar su en-torno. Con la crítica se cuestiona, con la creatividad se propone. La persona crítica descubre y plantea problemas, la persona creativa ge-nera opciones para resolverlos. Un logotipo, proyecto, poema, cuen-to, ensayo, diseño... son posibles manifestaciones de la creatividad del hombre.

Sin la creatividad la cultura, la sociedad o lo que sea se queda quie-ta, se oxida; con la creatividad se transforma, renace, se recrea.

Pero para enfrentar retos el hombre no sólo necesita tener conocimientos y saberlos manejar o explicar, sino también tiene que estar capacitado para manejar su afectividad, sus sentimientos; es decir, de manera análoga tiene que desarrollar en cierto grado sus habilidades emocionales (*emotional intelligence*).

Sin embargo, el hombre, o en este caso el ex alumno, puede saber muchas cosas, entender conceptos o principios, ser capaz de aprender y de manejar lo aprendido de manera crítica y creativa, pero todo esto ¿para qué? Entramos en el ámbito de la *libertad* y los *valores*.

La libertad es la capacidad del hombre para escoger sus propios fines, para determinar el sentido de sus acciones y, más en general, de su vida.

La libertad es el dinamismo humano que se encarga de escoger valores y de decidir en función de ellos.

Valor, dice Kolvenbach, padre general de los jesuitas, significa literalmente algo que tiene un precio, que es de mucha estima o que vale la pena; consiguientemente, algo por lo que uno esté dispuesto a sufrir o sacrificarse, algo que es una razón para vivir y, si fuera preciso, para morir. Así, los valores aportan a la vida la dimensión de “significar algo para alguien”. Son las vías que mantienen el tren de la vida en su camino y le facilitan deslizarse suavemente, con rapidez y determinación. Los valores proporcionan motivos para vivir. Dan identidad a la persona, le ponen facciones, nombre, carácter. Sin valores uno fluctuaría como los troncos en los remolinos del Amazonas. Los valores se hospedan en el centro de la propia persona, definen la propia vida y marcan su extensión y su profundidad.

Los valores tienen tres puntos de estancia. En primer lugar, están anclados en la mente. Yo percibo, veo las razones por las que algo o alguien tiene valor y estoy intelectualmente convencido de lo que la cosa o la persona vale. Los valores están también anclados en el corazón. No sólo la lógica de la cabeza, sino también el lenguaje del corazón me dice que algo es valioso, de tal forma que no sólo soy capaz de percibir algo como valioso sino que también quedo afectado por el valor que representa. Los valores se captan con el intelecto y se abrazan con los sentimientos. Cuando la cabeza y el corazón están interesados, la persona está interesada. Esto nos lleva al tercer punto de anclaje, a saber: “la mano”. Los valores conducen, y esto de

forma irremediable, a decisiones y acciones. Un valor se expresa con actitudes seguidas de obras y no sólo con palabras.

Sin valores entendidos y abrazados el hombre no es verdaderamente hombre. Valor, en general, es aquello que hace que algún ser sea más plenamente lo que es.

La libertad, por tanto, está fatalmente abrazada con los valores. La libertad es la capacidad de comprometerse con algo o con alguien que pasa el examen de un juicio de valor: *¡a esto vale o no la pena dedicar la vida!, ¡esto es un auténtico bien humano!*

Una concepción errónea de la libertad es creer que ella consiste en hacer lo que a cada uno le dé la gana. Ser libre no es actuar sin un motivo relevante al sujeto, a la ligera o arbitrariamente, guiado sólo por deseos superficiales, impulsos, instintos o caprichos. Tal "libertad" sería caótica y hasta irracional. El hombre tiene una libertad limitada, sujeta a condicionamientos y amenazas, tanto por el libertinaje como por el autoritarismo, tanto por la sociedad como por él mismo. Una libertad que no tuviera por objetivo el auténtico bien sería una libertad vacía. Así pues, la libertad no es sólo carencia de atadura o emancipación total, ya que la decisión libre va unida con frecuencia a compromisos, alianzas y fidelidades profundas. La libertad en el hombre lo confronta necesariamente con un juicio sobre sus acciones.

Si la libertad no está educada, el hombre se puede comprometer con valores aparentes, es decir, aquellos que tarde o temprano lo frustran y le hacen exclamar que: "no ha valido la pena vivir".

¿Qué no el suicidio, la frustración, la soledad, la desesperación, el menosprecio, la inseguridad muestran que el hombre se ha equivocado en sus valores?

Si los valores son el objeto y condición de la libertad, la educación de la libertad es la tarea más importante, difícil, pero también relegada de las instituciones educativas, entre las cuales destacan la familia, la escuela y la universidad.

Lo anterior explica porqué la Compañía de Jesús, desde la fundación de su primer colegio en Mesinas, ha puesto un énfasis especial en la relación libertad-valores.

La Filosofía Educativa de la UIA propone que la libertad es en sí misma un valor pero subsidiario de otro: "los demás". La historia está plagada de ejemplos en los que el hombre arriesga o da su vida por

conservarse libre o conseguir la libertad de los demás. En esto último está la clave de la propuesta axiológica de la UIA: o la libertad se ata a los demás o el hombre acabará frustrado en su egoísmo.

Por eso la misión de la UIA que nos han sugerido los dos últimos generales de los jesuitas: “formar hombres y mujeres (capaces) para los demás” es agudamente pertinente.

Por tal motivo, un rasgo de los ex alumnos se expresa como *libres-solidarios*, lo que implica la esperanza de que la opción fundamental de nuestros alumnos sea dedicar su vida a los demás, y por supuesto a uno mismo. Vale la pena aclarar que no es responsabilidad de la UIA que sus alumnos y ex alumnos opten por los demás; esta decisión es de ellos y sólo de ellos, pero sí lo es proporcionar la formación y las condiciones necesarias para que digan sí o no conscientemente, tanto a esta propuesta de valor como a cualquier otra que la universidad o la vida les presente.

Este rasgo formativo implica, como ya se dijo, *integrar afectos* con razones en la deliberación sobre aquello a lo que se decide dedicar la vida: los valores. De esta manera el sujeto podrá ir superando la conflictividad interior, propia de todo hombre, y adherirse con firmeza a los valores que considere más propios.

Esta integración no es fácil pues cuando la razón y la pasión coinciden en algo o alguien no hay problema, pero cuando no —situación que pasa con frecuencia— el hombre entra en conflicto. En esta disyuntiva la razón debe prevalecer ante la pasión, pues a menudo la pasión se abraza al egoísmo. ¿Es razonable separarse de la esposa y los hijos por enamorarse de otra persona y ni siquiera contribuir al sustento de su primera familia pudiendo hacerlo? Si por la libertad el hombre tiene que ir optando por sus valores, la pugna afectos-razones “siempre” estará presente.

Por esto la ética cristiana debería despertar y ofrecer a un mundo sin proyecto, obsesionado por vivir lo “mejor” posible, un horizonte de sentido. Cuando no existe un ideal por el que valga la pena apostar la vida, la existencia humana se vuelve demasiado insensata.

En síntesis, el ex alumno de la UIA debe ser conocedor, crítico, creativo, libre-solidario y afectivamente integrado y, al final de cuentas, capaz de aprender, pensar y decidir por él mismo.

Esta es la finalidad educativa de la universidad, pero la consecu-

cución de estos rasgos en nuestros alumnos, futuros ex alumnos, depende de las prácticas y los procesos educativos, que en el próximo apartado consideraremos de manera breve.

Revisar los métodos para enseñar o, mejor dicho, educar, parece ocioso en este escrito que se dirige a ex alumnos de una universidad peculiar; pero si se considera que son o serán madre o padre y tendrán hijos, si se piensa que eventualmente muchos de ellos se seguirán educando o capacitando y que además algunos ex alumnos se dedicarán a actividades de capacitación en sus trabajos, el capítulo siguiente se antoja pertinente.

Educación jesuita

Educar es hacer operativa una filosofía, decía el jesuita canadiense B. Lonergan, fallecido en 1984. Educar es el proceso por el cual el hombre se hace a sí mismo, se prepara para seguir viviendo, con el apoyo de un gestor.

Una filosofía educativa fundamenta y aclara el tipo de hombre que se debe promover en la tarea de educar. El perfil del egresado descrito en el capítulo anterior lleva implícito un tipo de sociedad que al final de cuentas se quiere promover: una sociedad basada en los valores cristianos. ¿Se imagina el tipo de sociedad si todos sus miembros se comportaran de acuerdo con el perfil descrito? ¿Habría tantas guerras? ¿Qué sería de la creciente violencia? ¿El hombre seguiría viviendo solo entre muchos? ¿Qué sería de la pobreza o la injusticia?

Sin embargo, la filosofía educativa establece el destino de la tarea educativa, pero corresponde a la universidad, y más en particular a los docentes, promover el perfil del egresado establecido.

El asunto es, a fin de cuentas, de los métodos educativos; es decir, de lo que hagan profesores, pero sobre todo alumnos.

Es en los métodos en donde las escuelas y universidades de esta época localizan su talón de Aquiles. La falla está tanto en el horizonte que se quiere alcanzar, como en la manera en que se estimula llegar a él.

La educación jesuita siempre se ha preocupado por los métodos, pero ha sido lenta en la innovación de ellos y en la capacitación de los

profesores, que necesariamente viene emparejada. Si esto sucede en una institución que ha promovido la mejor educación en el mundo, qué se puede decir de otras instituciones educativas.

La educación de la Compañía tiene en cuenta el contexto real de la vida del alumno, el contexto social dentro del cual se mueve, el ambiente institucional y los antecedentes formativos de los alumnos.

Desde hace unos años, la Compañía de Jesús ha renovado sus métodos y ha difundido la “pedagogía ignaciana operativa”. El tiempo dirá si se generaliza la comprensión y aplicación de esta pedagogía en las instituciones educativas de la Compañía en el mundo (489 escuelas, 163 universidades y 1 050 000 alumnos) y si se está formando el tipo de egresado que se promete a los aspirantes a ingresar y a la sociedad.

La pedagogía es el camino por el que los profesores acompañan a sus alumnos en su crecimiento y desarrollo, es decir, los educan.

¿Hasta dónde se ha llegado en la tarea educativa? Eso lo dirá usted; usted es el mejor juez al ser ex alumno de una universidad jesuita.

Por lo pronto, mientras no se perciban ex alumnos que conscientemente estén dedicando su vida a los demás y parte de ella a los que tienen menos; mientras no se vean ex alumnos críticos y creativos, y mientras no se capten ex alumnos capaces de ir tomando sus decisiones con responsabilidad solidaria y afectividad integrada, la universidad no habrá hecho bien su tarea y tendremos que ponernos a rezar y a revisar nuestras estrategias educativas.

Uso el plural, *estrategias*, porque la educación que promueve la UIA implica, como ya se dijo, impulsar tres dinamismos en los alumnos: aprender, pensar (crítica y creativamente) y valorar-decidir, mismos que requieren de pedagogías diferentes.

El proceso de valoración, *valorar* implica aceptar ciertos valores con los cuales comprometer la vida. En la pedagogía o enseñanza de los valores se dice que el ejemplo arrastra, pero se pierde de vista que el razonamiento personal convence y la propia afectividad compromete.

El solo ambiente y el solo ejemplo no bastan. No son suficientes porque es necesario un cuestionamiento consciente que analice las razones y consecuencias que sustentan y convalidan el sentido y el valor de ser humanista. Este cuestionamiento requiere indispensablemente de un proceso interior que defina y entienda, que delibere y discierna, que afirme y escoja.

Enseñar a *pensar* compromete a desarrollar ciertas habilidades de razonamiento, aspecto por demás ignorado en la tarea educativa.

Enseñar a *aprender* requiere de una reflexión crítica en el proceso de aprendizaje, pero la repetición memorística toma su lugar en la cultura educativa contemporánea. Tarde nos hemos percatado de que no hay aprendizaje sin la actividad intelectual propia del que tiene que aprender. El mero conocimiento no prepara para enfrentar la vida, para esto es necesaria la reflexión. La misión educativa de la Compañía será más efectiva en la medida en que todos podamos continuar aprendiendo críticamente al enfrentar la realidad.

De otra manera, se trata de explorar métodos que promuevan la reflexión crítico-creativa cuando el alumno aprende, resuelve y valora. La educación jesuita es terriblemente dialógica.

De esta forma, el llamado humanismo de la UIA se refleja y promueve en su educación: humanismo equivale a formación integral, que implica, en primera instancia, conocimientos entendidos, habilidades desarrolladas y valores asumidos, lo cual conduce a desarrollar cierta capacidad para pensar, aprender y ejercer la libertad considerando a los demás. Esto es ser humanista en estos tiempos y quizá en cualquier otro. Esto implica que en los procesos de enseñanza la persona humana tenga un lugar prioritario. Es por ello que el aprendizaje debería estar siempre y prioritariamente adaptado a la situación del que aprende, del estudiante. Por eso es más importante la formación que se imparte que el tipo de alumno que se admite.

Si se quita a la pedagogía jesuita el sentido del hombre, los valores humanos, las habilidades de razonamiento; si se remueve el más profundo sentido de cada persona humana y de su dignidad con base en su origen, en su destino y en su valor; si se le arranca su visión abierta a toda la comunidad humana, que se convierte no en objetivo de conquista sino de servicio; si se le saca el rigor de un método que busca liberar al hombre enseñándole a salir de su propio amor y a romper el cerco de su egoísmo, se le habrá quitado su alma pedagógica. Quedaría la pura técnica. Pero educar es otra cosa.

El ideal de la Compañía es la persona armónicamente formada, que es intelectualmente competente, abierta a lo trascendente, movida por el amor a los demás y comprometida a procurar la justicia social.

La finalidad de la educación de la Compañía no ha sido nunca

únicamente la adquisición de un conjunto de información y de técnicas para resolver problemas, sino el crecimiento completo de la persona.

El desarrollo de la ciencia y de la tecnología si no mira al hombre se vuelve una amenaza para la humanidad. Es necesario que nos convenzamos de la prioridad de lo ético sobre lo técnico, de la primacía de la persona humana sobre las cosas, de la superioridad del espíritu sobre la materia.

Educar conlleva formar egresados, hombres y mujeres, que se distingan por su competencia, integridad y compasión. Que lo que sean hable más fuerte de lo que hacen o dicen. Egresados que estén equipados para enfrentar la realidad con el corazón y la mente abiertos; que sean sensibles al contexto, sobre todo humano.

Educar a lo jesuítico conduce a formar cierto tipo de líderes en este mundo que tanto los necesita.

La educación de la Compañía nace de la sociedad y va a ella. Por eso evoluciona, pues así lo hacen las sociedades, culturas y civilizaciones.

Se propone a nuestros alumnos y ex alumnos atender las necesidades más urgentes, los valores más duraderos, el trabajo no atendido por otros que sea relevante y fraterno. Se desea un liderazgo original y pertinente que surge de observar al mundo y concluir que no nos gusta parte de lo que vemos. Un liderazgo que mira al hombre y no sólo la urgencia de conseguir metas y objetivos; que huele a consideración por las personas; que sabe a trabajo en equipo, y que gusta del logro de objetivos y estrategias establecidas en común por medio del diálogo crítico-creativo de las personas involucradas.

Conclusión

He intentado referir el perfil del ex alumno de la UIA derivado de su Filosofía Educativa y de los métodos educativos empleados para formarlo.

Pasan las circunstancias, mueren los hechos, terminan las relaciones efímeras, pasa la erudición de los hombres versados, pero lo que permanece es el fruto de una buena educación.

El destino de la humanidad camina sobre un alambre tendido en lo alto, principalmente porque el hombre no ha encontrado un sentido a su vida que tenga la posibilidad de realizarlo en plenitud.

El ex alumno de la UIA es un humanista convencido, un recio luchador de la justicia social, un enamorado de los demás y un capaz servidor de su comunidad.

A los egresados de universidades jesuitas se nos pide que proveamos de medios intelectuales a quienes sufren la injusticia y los estragos de la pobreza, y que les ayudemos a articular razones de orden académico, legal, social y espiritual para que tengan la posibilidad de justificarse a sí mismos y de asumir sus propios proyectos.

El futuro de la humanidad depende de los que sepan dar vida y esperanza a sus semejantes: de ustedes, ex alumnos de la UIA.

Otoño, 1998